

NOTAS ACERCA DE LA OBRA DE MATEO MARTINIC BEROS.
PREMIO NACIONAL DE HISTORIA AÑO 2000

por

*Santiago Lorenzo Schiaffino**

Aunque estoy cierto que cualquier juicio podría resultar mezquino al intentar aquilatar los méritos de la monumental obra historiográfica de Mateo Martinic, confieso que me complace referirme a ella como un testimonio de reconocimiento de su reciente nominación como Premio Nacional de Historia, que prestigia a quienes nos dedicamos a este oficio.

No es tarea fácil referirse a su obra, pues abarca más de trescientos títulos entre libros, artículos y estudios monográficos acerca de temas muy variados atinentes a la historia de Magallanes. De ahí que al elaborar estas notas me he tomado la libertad de tener presente solo algunos de sus libros, particularmente los dos enjundiosos volúmenes de la "Historia de la Región Magallánica", cuyas 1.423 páginas resumen parte de su obra historiográfica.

Según el autor en comento, cuando inicia la investigación del pasado magallánico, su principal objetivo era contribuir a establecer la identidad del habitante meridional chileno, tarea a la que se aboca con laboriosidad durante casi cuatro lustros, cumpliendo con creces los objetivos que en su momento se propuso. Un rasgo característico en la obra de Mateo Martinic, particularmente cuando se refiere a épocas remotas, es la continua apelación a disciplinas como la geografía, arqueología, etnografía, antropología, zoología y botánica, respecto de las cuales demuestra gran versación. Consciente que el medio

* Académico de Número. Profesor del Instituto de Historia de la Universidad Católica de Valparaíso.

geográfico condiciona significativamente la vida humana en las regiones meridionales de Chile, se muestra minucioso al presentar la ambientación geográfica de los procesos históricos, demostrando conocimientos más propios de un geógrafo que de un historiador. Su perspicacia al respecto, sobre todo cuando se remonta a épocas primigenias, es resultado del gran conocimiento que posee de la región, de lecturas doctas y de su amor al paisaje magallánico, confirmándose en él la sentencia de que solo es posible conocer plenamente aquello que se ama. Su compenetración con ese medio geográfico queda a descubierto en el prólogo de un libro notable, "Los aónikenk. Historia y cultura", donde señala: "Hemos recorrido el país aónikenk muchas veces en todos los sentidos: desde los cañadones de Posesión hasta la cima de los Ba-guales, desde el istmo de Brunswick hasta el estuario del Santa Cruz y desde el Atlántico a los bosques; hemos caminado soportando el cierzo y hemos disfrutado del sereno de los días calmos junto a lagunas y chorrillos, oyendo el croar de patos y cisnes, acompañados siempre por los estridentes gritos de teros y bandurrias, hemos gozado del paisaje polícromo mirando la inmensidad esteparia desde la cima de un cráter en Brazo Norte o en Palo Aike, y en todo momento nos hemos llenado de luz y gozado de una tonificante paz espiritual en los espacios sin límites. Por eso, comprendemos la satisfacción de los antiguos nómades respecto de su tierra y concordamos con ellos en que la suya -la nuestra- es, ciertamente, una buena pampa". El significado que le atribuye a la geografía en el devenir histórico de la región que estudia también es apreciable en "Historia de la región Magallánica", tanto por la introducción como en los capítulos IV, V y en las numerosas referencias a lo largo de la extensa obra. Su apelación a la geografía también se advierte, por razones obvias, en sus estudios acerca de la toponimia austral y los litigios fronterizos australes. Renglón aparte constituye su reciente "Cartografía magallánica, 1523-1945", verdadera joya de nuestra historiografía acerca del tema, tanto por la información erudita que contiene, como por la calidad de la información cartográfica y belleza de la edición. De ahí que no nos ha sorprendido que un especialista en el tema, como es José Miguel Barros, afirme que se trata de una obra que se puede comparar con ventaja, nada más y nada menos, que con el "Ensayo acerca de una mapoteca chilena", de José Toribio Medina, obra a la que superaría "en el material sobre el terreno que abarca y la novedad de los datos que aporta", los que incluso serían desconocidos por los especialistas. Basta hojear la obra para comprobar que es de una calidad excepcional, de aquellas obras que exigen de su autor condiciones poco comunes en cuanto a erudición, laboriosidad, rigor, acuciosidad y espíritu científico. En efecto, para su elaboración el autor debió revisar archivos, bibliote-

cas y colecciones públicas y privadas tanto en Chile como en el extranjero, mostrando una vocación y cariño por el tema verdaderamente entrañables. La lectura atenta que ha realizado de los diarios de viaje e informes de las expediciones científicas, desde Hernando de Magallanes hasta mediados del siglo XX, le han permitido establecer cuál ha sido la contribución cartográfica y científica de cada expedición, registrando cada una de las referencias etnográficas, los efectos del contacto de los europeos con los aborígenes y también los mitos y leyendas que se fueron gestando con el paso del tiempo. Como sucede en ocasiones como estas, el esfuerzo ha tenido una justa recompensa, que la comunidad científica y el país agradecen, porque el fruto ha sido una obra, que como muy bien señala Mario Barros, "merece un sitio de honor entre las obras científicas que han aparecido en Chile en los últimos años".

Mateo Martinic postula la tesis de la singularidad histórica, geográfica, biológica y climática de la región magallánica. Señala, que desde antaño los visitantes foráneos perciben una cierta individualidad en el territorio meridional, indicando que también habría que agregar "el fundamento etnográfico, pues en el ámbito mencionado habitaron con exclusividad diversos pueblos aborígenes: tales como los aónikenk, en la porción oriental, entre el río Santa Cruz y el estrecho de Magallanes, el Atlántico y la cordillera; los sélknam y mánnekenk, en la isla grande fueguina al norte de la cadena andina; los yámana, en el islario meridional de Tierra del Fuego; y los kawésker en el extenso piélago occidental que flanquea el territorio desde el golfo de Penas hasta el paso Brecknock. La vida natural, asimismo, aporta características que muestran una marcada diferenciación específica, particularmente manifiesta en la flora de la sección patagónica occidental y algo más tenue en la fauna, y que, en todo caso, revelan una identidad biológica propia; inclusive el clima, en general, asume un rigor tipificador al meridión de los límites boreales atribuidos a la región".

La colonización de la región magallánica ocupa también una parte importante de su obra. Ha investigado con mucho detalle el tema de la inmigración a la región austral, tanto de los extranjeros, en general, como por nacionalidad. Ha publicado sendos trabajos acerca de la inmigración croata, alemana, italiana, española, suiza, francesa y asturiana, algunos de los cuales ha reeditado en ediciones aumentadas. La caracterización que ha hecho de los miembros de las distintas colonias ha sido exhaustiva, ofreciendo información acerca del nivel de instrucción de sus miembros, así como de la influencia de cada una en el desarrollo económico y social de la región. Particularmente minucioso se ha mostrado al estudiar la inmigración croata, llegando a esta-

blecer la procedencia regional de los que arribaron. Confirma “el predominio de apellidos originarios de Dalmacia, un 93,5% del total, y, en especial, de la isla Brac (62,7%)”. Además, ha estudiado la inmigración extranjera minoritaria, como gente procedente de las Malvinas, y la importante inmigración de chilotes.

Sus investigaciones sobre la evolución demográfica magallánica no se han limitado a estudios acerca de la inmigración, también ha indagado acerca del comportamiento matrimonial de los magallánicos, precisando aspectos como su carácter endogámico, estacionalidad de los mismos, edad de los contrayentes, etc. Además, se ha interesado de la reproducción y mortalidad infantil de la población colonizadora. Algunos de estos trabajos los ha realizado en colaboración con otros autores, algo muy inusual en Mateo Martinic, que se caracteriza por trabajar solo, sin colaboradores, ni la ayuda de modernos métodos computacionales.

El desenvolvimiento económico de la región austral también ha sido investigado por nuestro Premio Nacional. Ha estudiado la minería del oro y del carbón; la actividad lobera y ballenera y la explotación petrolera. Además, ha investigado a los armadores de Punta Arenas; a empresarios magallánicos, como José Nogueira, y a familias dueñas de las estancias que controlaban la actividad ovejera. Sus trabajos nos permiten conocer en detalle el significado que tuvo la explotación ovina para la región, sobre todo en vísperas de la Primera Guerra Mundial. Según Mateo Martinic, “el negocio pecuario era la base sólida sobre la que se asentaba el progreso magallánico y por lo tanto la fuente de su creciente riqueza. Tal era su importancia que, de cualquier manera, las otras ramas relevantes de la economía, con la sola excepción de la minería, estaban vinculadas íntimamente con la ganadería lanar y seguían su favorable suerte. Así se explica que para el tiempo cenital, hacia 1910-13, el grueso del capital invertido en la actividad económica se concentraba en la crianza ovina y sus derivados industriales y mercantiles”. Agrega, que el significado de ese rubro en la economía regional queda de manifiesto en su participación en el comercio de exportación; precisando que “para 1906 el 92,2% correspondió a productos de la ganadería, de los que la lana representó el 75,2% del total; en 1910 el primer guarismo se elevó al 97% y el segundo sobrepasó el 80%.

En relación con el punto, el autor deja en evidencia la influencia británica en la producción ganadera, influencia que pondera al indicar que gracias a ella se alcanzó “un nivel casi insuperable en la etapa primaria de la explotación económica”. Explica que la influencia británica no se limitaba al modelo de explotación empleado por las estancias, sino que “entre los hacendados

pioneros y los inversionistas posteriores hubo una buena proporción de súbditos británicos”, y que británicos fueron también quienes adquirieron el mayor porcentaje de la producción ovina (un 80%).

Tan era así, continúa Mateo Martinic, que “ello hizo de Gran Bretaña el mayor socio comercial de Magallanes, con una participación media constante no inferior al 60% del total del comercio exterior regional”, hecho que se acentúa durante la gran guerra europea.

Siguiendo dentro del tema económico, nuestro autor ha investigado, y se encuentra investigando, un tema muy actual en nuestra historiografía, como es la actividad empresarial, según ha quedado en evidencia en sus estudios acerca de Nogueira, su reciente libro referente a las estancias magallánicas, así como sus investigaciones en curso en relación a grupos familiares empresariales como los Braun Hamburguer y los Menéndez Behety. Al respecto, nos explica que durante los años dorados se produjo una concentración del poder económico entre estos dos grupos, indicando que “fue una situación no querida ni prevista, que se originó casual y paulatinamente y acabó por consolidarse con el desarrollo e incremento natural de los negocios y las inversiones afortunadas”, así como por la progresiva interrelación empresarial que comenzó a darse a contar de los primeros años del siglo XX. La caracterización de empresarios como José Menéndez, el rey de la Patagonia, así como de Mauricio Braun, el Morgan sudamericano, están muy bien logradas en sus trabajos; lo mismo se puede afirmar respecto de cómo forjaron sus respectivas fortunas, sus inversiones en la región y las relaciones interempresariales que establecieron tanto en Chile como en Argentina. Martinic habla de un oligopolio regional establecido por ambos grupos económicos, el que califica de beneficioso para Magallanes. Sin embargo, en otros aspectos lo considera perjudicial, “por sus características deshumanizadas y por la ausencia de compromiso que acabó de manifestar, al preocuparse por la evolución territorial, solo en tanto cuanto la misma coincidía con sus intereses mercantilistas”. Se refiere, por ejemplo, cómo los dueños de la riqueza regional se imponen a la autoridad territorial inhibiéndola de arbitrar en aspectos relacionados con la cuestión social y laboral.

La concentración de la propiedad rural y la consolidación del latifundio también forman parte de sus investigaciones, estableciendo que este régimen de tenencia trajo resultados materiales positivos, como edificaciones en los predios, adquisición de maquinaria y equipos de variada clase; innovaciones tecnológicas referidas al manejo y selección de animales; uso conveniente de potreros, pasturas y aguadas, con lo cual la crianza ovina alcanza niveles de eficiencia que estima difíciles de lograr en otros sistemas de tenencia. Sin

embargo, no por ello deja de reconocer que la explotación ovejera fue “una suma de pequeños y medianos feudos de los que la acción oficial de progreso en lo social estuvo ausente y tan solo se limitó a las elementales de vialidad y policía”. En cuanto al sistema de administración de las estancias, le parece deshumanizado, pues no se franquearon las condiciones para el incremento de la población, se privilegió la contratación de solteros y no se dieron facilidades para la instalación y funcionamiento de escuelas, postas sanitarias, etc.

Los temas reseñados son solo algunos de los investigados por Mateo Martinic, quien también ha publicado acerca de materias etnográficas, cuestiones limítrofes y otros temas atinentes a la historia regional, especialidad en la que ha destacado como ninguno. Aunque Mateo Martinic está satisfecho de su obra, ¡cómo no habría de estarlo!, pienso que su aporte es aún mayor que lo que él mismo estima. En general, le atribuye un significado regional. Considera que el conocimiento de la historia de la región magallánica contribuye “a la autoestima de sus habitantes, y a reforzar su identidad y singularidad”, permitiéndoles tomar conciencia de que su vida se ha desenvuelto en un medio hostil que han podido enfrentar con creatividad e imaginación, dejando en evidencia la capacidad adaptativa y la fuerza creativa del hombre. Sin embargo, su obra tiene también un significado nacional, nos ayuda a conocer y comprender mejor la historia de Chile que, en general, se ha interpretado desde una perspectiva capitalina, por desconocimiento de la historia regional, perspectiva que solo se irá enriqueciendo en la medida que sigan apareciendo estudiosos que sepan emular a Mateo Martinic en su laboriosidad, honestidad y pasión por la investigación.